

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mez.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

PROVINCIAS

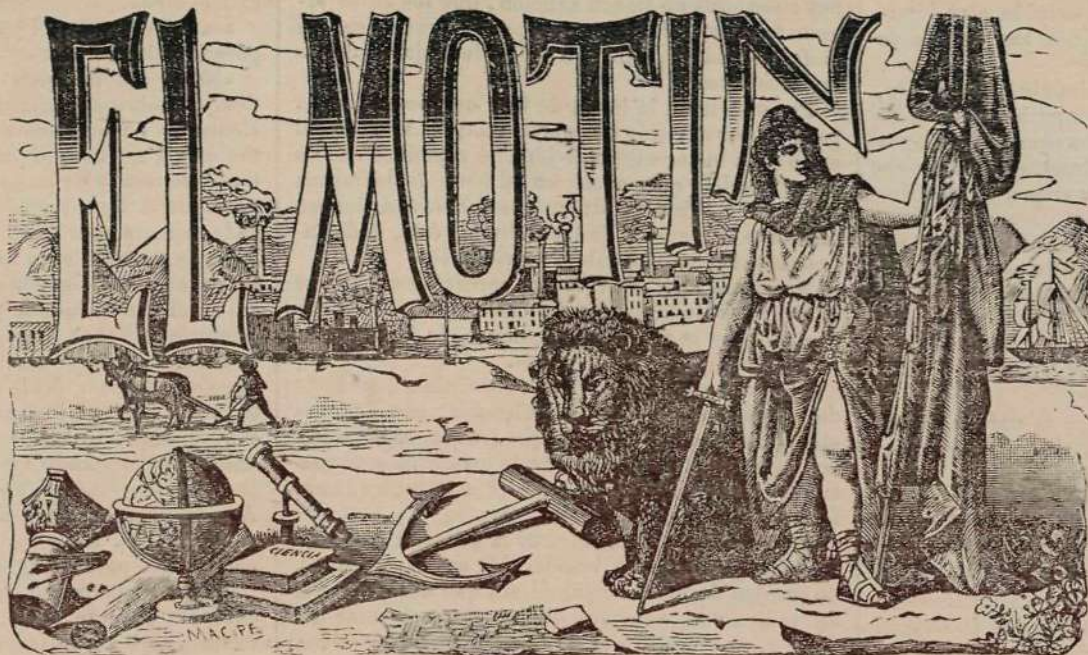
res meses.....	3
Seis.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar..	3 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN.	2,50
Idem del Suplemento....	0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

EL NEGOCIO DE LAS MISAS

Un periódico parisiense, tomando por base la pregunta que hizo al celeberrimo cura Boudes el presidente del tribunal ante el que compareció, de si comerciaba en misas y se entendía para ello con una agencia de París, exhuma una larga lista de presbíteros que han traficado escandalosamente con el que llaman santo sacrificio.

Por el interés que tienen, copiamos las siguientes líneas:

«Hace cien años, ya Chamfort refería el caso siguiente:

El cura Raynal, joven y pobre, aceptó el encargo de decir todos los días una misa por veinte sueldos.

Cuando fué más rico, la cedió al clérigo de La Porte, quedándose con ocho sueldos por comisión.

Este, viniendo á ser menos pobre, la subarrendó al cura Dinonart, reteniendo á su vez cuatro sueldos sobre la parte retenida por Raynal; de suerte que esta pobre misa, grabada con dos censos, no producía mas que ocho sueldos al cura Dinonart.

Pues bien, ese tráfico de misas que señalaba el ingenioso escritor del siglo XVIII no ha cesado de hacerse.

Véase cómo:

«Las misas de los sacerdotes son siempre dichas conforme á la intención de las personas que dejan legados á este efecto, ó bien en sufragio de las almas por las cuales se interesan sus parientes: es lo que se llama misa por las almas del purgatorio.»

Cuando un señor ó una señora han llevado una vida irregular, y se juzga que, sin ir positivamente al infierno, no irán, sin embargo, inmediatamente al Paraíso, parece que se puede, mediante misas, abreviar la estancia que tienen que hacer antes de entrar en el cielo.

El precio de esas misas se establece mediante una tarifa, y en este punto llegamos á la cuestión del tráfico.

Las misas de los clérigos de las ciudades les son pagadas; pero no acontece lo mismo á los de los pueblos rurales, y frecuentemente no tendrían éstos trabajos de ese género si no recibiesen lotes de misas que ofrecer á ánimas extrañas á sus parroquias.

Un proceso que se ha sustanciado poco tiempo há en el Tribunal del Sena, ha evidenciado por completo este singular tráfico.

Se trataba de un clérigo llamado Aviat, cura de un pequeño ayuntamiento del Aube Saint-Julien, cerca de Troyes. El cura Aviat tenía una agencia de misas. Estaba en relación con sacerdotes de París y de la provincia, y desempeñaba el papel de intermediario entre ellos para ceder á unos las misas que tenían de más los otros.

El clérigo Aviat pagaba en vestidos y telas.

Había recurrido para esto á otro sacerdote, el cura Gallien, que había fundado en Pacy, en el Youne, un obrador, donde, so pretexto de recoger jóvenes pobres, hacía confeccionar por estas desgraciadas, á las cuales no daba ningún salario, los objetos necesarios al clero.

El cura Gallien enviaba todos los productos de su obrador al cura Aviat, que se encargaba de despacharlos; pero como el clérigo Aviat quería pagar esos productos sin dar un cuarto, le decía al director del obrador de Pacy:

«No me pida usted productos. Procúrese lotes de misas que decir; aumente su comisión hasta la cantidad de lo que yo le debo, y envíeme esas misas, con cuyo valor liquidaremos. Yo las repasaré á mis clientes que me deben, quienes saldarán conmigo, dejándome un beneficio. Todo el mundo encontrará en ello su ganancia.»

Habiendo muerto este hombre práctico, su sobrino el cura Millet, vicario de la iglesia de San José de París, heredó su fortuna.

Pero entonces el cura Gallien hizo reclamaciones. Era el acreedor del clérigo Aviat. «Su tío de usted me debía al morir, le dijo, por valor de 14.509 francos y 90 céntimos, valor de misas; si usted no puede satisfacerlas ó encargarse de hacerlas satisfacer en especie, déme el valor representativo, ó sea 14.509 francos 90 céntimos en especie.»

El cura Millet se resistió á satisfacer esta demanda y de aquí el proceso.

El asunto fué llevado primero al Tribunal de Comercio de Troyes, pero los jueces consulares se declararon incompetentes por este motivo: «que los encargos de misas no están clasificados entre las transacciones que se tienen habitualmente entre los comerciantes, y no deben ser comprendidas entre las operaciones comerciales.» Habiendo interpuesto recurso el cura Gallien, la *Gaceta de los Tribunales* da cuenta de los debates, y revela algunos detalles que tienen bastante importancia.

Según una nota del cura Gallien, desde el 8 de Mayo de 1867 al 31 de Diciembre de 1868 resultaba que éste había transmitido al cura Aviat más de 30.000 encargos de misas.

Era preciso que esta pequeña combinación fuese muy lucrativa; porque, ¿sabe el lector cuánto dejó el cura Aviat al morir?

¡Más de un millón de francos!

El Presidente del Tribunal de Aveyron, al hacer un cargo al cura Boudes por entregarse al tráfico de las misas, se apoyaba en las prescripciones de la Iglesia. En efecto, la Iglesia ha prohibido ese tráfico.

Pero el presidente olvidaba que la Sagrada Penitenciaría ha declarado—y el cura Boudes ha podido recordarlo—que un sacerdote que se descarga de un exceso de misas sobre los sacerdotes que pueden decirlos, «puede recibir á título de amistad algún regalo», sin que haya en ello el menor tráfico.

Es verdad, empero, que en diversas ocasiones, ciertos prelados se han admirado de esos hechos. Así en 1869—se trataba precisamente del clérigo Aviat y el clérigo Gallien—el arzobispo de Sens quiso impedir el escandaloso comercio de las misas. ¿Qué creéis que resultó?

El cura Aviat se contentó con escribir al cura Gallien la carta siguiente, que ha figurado entre los documentos del proceso á que acabo de referirme:

«El arzobispo de usted abusa de su autoridad. No le escuchamos. Pero como es malo, seamos nosotros discretos. Quede esto solamente entre nosotros y podremos marchar adelante.»

Y más tarde, en 1872, el cura Aviat escribía todavía al cura Gallien:

«No se asuste usted. Deje usted hacer á su encarnizado arzobispo. Nuestros asuntos no le pertenecen.»

El clérigo Boudes hubiera podido evocar todos estos recuerdos para responder al presidente del tribunal. Pero, lo repito, eso no era mas que un detalle para él. ¡El comercio de misas! ¡Valiente bagatela! Si no hubiera sido mas que cuestión de esto, los jurados de Aveyron no le hubieran enviado á galeras.

Hasta aquí el colega parisiense.

En España el tráfico se hace en igual ó mayor escala.

Contra la prohibición de la Congregación de Ritos se ven á diario en los periódicos neos anuncios de obras de tan poco valor científico ó literario como material, á las que sus autores señalan elevados precios, añadiendo la siguiente nota:

«Los señores que quieran recibir esta obra como estipendio de tantas misas, pueden dirigirse á su autor el presbítero D. Fulano.»

¿Qué significa esto? Que el autor del libro, mangoneador de testamentarias, se ha encargado de centenares de misas cuya celebración le es imposible justificar, y apela al recurso de publicar cuatro tonterías en un libro para que los curas compradores de su obra le envíen recibos de haber celebrado, aunque no las celebren, las misas de que necesita descargarse. ¿Qué más? No ha mucho que un presbítero, fabricante de un vino medicinal, ofrecía su producto á cambio de misas.

Si se fuese á ver el libro de misas encargadas y dichas de los pocos curas que cumplen esa formalidad, ¡cuán enorme diferencia se notaría entre unas y otras!

Otro martingala se traen ciertos señores presbíteros de las ciudades populosas. En éstas las misas se retribuyen bien, variando su estipendio de dos á cuatro pesetas; pero cargan á lo mejor con tantas, que no podrían decirías así viviesen más que Matusalén. ¿Qué hacer en este caso?

Pues recurrir á cualquier conocido párroco de aldea, que, á peseta por barba, es capaz de celebrar más misas que lentejas dan por un duro; ó de no celebrarlas, pero sí enviar el justificante con el sellito parroquial y todo; que eso va en genios y en conciencias, según la madera del cura rural.

Lo positivo es que la mayoría de rurales y urbanos hace cada perrería á las ánimas benditas, que ¡ay del día que tan sufridas señoras se insubordinen y pidan estrechas cuentas de sus fondos!

Sería cosa de echarse á temblar mis amados presbíteros... si creyesen en esos cuentos de ultratumba.

OTRO SANTO EN PUERTA

En Iznalloz (Granada) ha surgido otro bienaventurado á quien sus convecinos han concedido los honores de la santidad.

Hasta hace poco no había hecho ningún milagro, limitándose á la más modesta ocupación de componer sillars; pero un día que estaba ocupado en cortar un palo de pino, notó, según afirma, que en las vetas se dibujaba la imagen de la virgen de los Remedios.

Pudo ser una ilusión óptica, como la de los que creen ver una virgen del Pilar en la cabeza de los besugos; pero como estas cosas de fe son tan delicadas, vale más atenerse á la opinión de los que se creen honrados con alguna aparición celeste.

El sillero, no confiando en sus propios ojos, llamó á consulta á su mujer.

—Oye, Fulana—le dijo;—¿no te parece que en este palitroque está dibujada la virgen de los Remedios?

—Espérate un momento—le contestó.—Voy á echar la patata al cocido y en seguida saldremos de dudas.

Y dicho y hecho. Cuando depositó en la olla el tubérculo, volvió junto á su marido, y declaró solemnemente que allí estaba pintiparada la virgen.

Mas temiendo ambos las burlas del público, resolvieron, antes de propalar el milagro, cortar el palo en tres rodajas para convencerse plenamente.

Hicieronlo, y resultó algo parecido á lo que, según el dogma, ocurre con la presencia real de Cristo en la hostia. Así como al partirla está Dios entero y verdadero en todas y cada una de sus partes, también la virgen estaba en los tres tarugos.

Esto lo afirma el interesado y lo otro los curas: de modo que, de creer lo uno, creamos también lo otro.

De igual opinión fueron los vecinos del pueblo que, al enterarse de la noticia, acudieron en tropel á besar y rebesar aquellos pedazos de la privilegiada madera.

Casi á mojicones anduvieron disputándose los, y por fin se decidió entre todos repartir dos por suerte y quedarse otro en poder del sillero.

Muchos de los concurrentes ofrecieron crecidas cantidades por los milagrosos trozos; pero como si no; por ningún dinero quisieron sus poseedores desprenderse de semejante ganga.

Desde entonces el pueblo ha declarado santo al sillero, y tanto le obsequian, que seguramente no volverá á manejar un junco ni encolar una pata de silla. ¿Para qué trabajar si ha de encontrar mayores rendimientos explotando las estúpidas supersticiones del vulgo?

La frecuencia con que por todas partes van surgiendo estos embaucadores, que pasan por inspirados ante las gentes sencillas, faltas de instrucción y repletas de fanatismos, obliga á pensar en serio y buscar en su origen la causa del mal.

Esta radica en el clero, que cuando no explota y alienta esas supercherías, las tolera sin protestar, dando ocasión á que se extiendan más cada día.

Aun en la hipótesis de que España fuese totalmente católica, la obligación de los clérigos sería velar por la pureza del dogma, desterrando prácticas supersticiosas contrarias á él, disipando en los cerebros de los creyentes errores que ya de puro absurdos y groseros perjudican á la religión misma haciéndola blanco de las sátiras de los incrédulos.

¿Lo hacen? Ni por asomo. El púlpito y el confesonario, desde donde debieran atajar esos males, les sirve para cosas bien distintas. A éste, para penetrar en las intimidades de las familias y utilizar en provecho propio sus más recónditos secretos, y á aquél para engolfarse á vela desplegada en los mares de la política, atacar al gobierno que les paga y encender el fuego de la discordia predicando la guerra civil.

Si los médicos indicados para extirpar el cáncer de la superstición no cumplen con su deber, preciso será recurrir á otros más eficaces, á los buenos maestros. Dedíquese á fomentar la instrucción el crecido presupuesto del clero; que haya buenas escuelas, menos sermones y más conferencias científicas populares; y entonces desaparecerá esa caterva de santos y apóstoles postizos, de adivinos, saludadores y demás parásitos que vaga por ahí deshonrándonos ante las personas cultas.

Donde no halla terreno abonado, la semilla no fructifica.

LA LUJURIA DEL CLERO

(CONTINUACIÓN)

Hemos llegado al siglo XV.

Las costumbres clericales no mejoran, pero es menor el número de Concilios y menor el número de

cánones contra los vicios de los sacerdotes. Y se explica fácilmente, si tenemos en cuenta que los cánones anteriores no tienen sanción, que los curas siguen tan inmorales como siempre, y que se ríen y se mofan de todo aquello que pretende alejarles de sus inclinaciones.

Por otro lado, la lucha de los Concilios contra el papado, por cuestión de supremacía; los rituales del culto y su mejor organización; los repetidos cismas y las herejías que nacen en el seno de la misma Iglesia con Wicleff y Juan Huss, distraen por un momento la atención de los padres de ésta, dedicándose casi exclusivamente á reprimirlas.

Mas no se crea por esto que carezcamos de datos para juzgar de la lujuria del clero; que, si bien los Concilios no se muestran explícitos, la historia llena el vacío que aquéllos dejan.

El mal, arraigado en la clase sacerdotal, no pudo destruirse con simples disposiciones, con órdenes más ó menos severas, pero que nunca serían suficientes á modificar el carácter de los clérigos, su naturaleza, sus costumbres, que es donde radica la enfermedad.

La sanción dada por el uso, la práctica de catorce siglos, la herencia transmitida en las doctrinas, no pueden desaparecer jamás sin que desaparezcan los individuos; y hemos de ver cómo á pesar del tiempo, en nuestro siglo, los hábitos del clero son tan, si no más depravados, que en las épocas que venimos reseñando.

Y es de notar que, mientras el matrimonio y el concubinato se hacen más raros cuanto más próximos están los sacerdotes á las cortes pontificias, concentrándose en cambio en las provincias alejadas, menos sometidas á la acción papal, la pederastia y la sodomía siguen una ley inversa, revistiendo un sello más asqueroso, si cabe, allí donde residen los vicarios de Cristo.

Tal es la consecuencia natural á que se llega cuando se quiere violentar la naturaleza humana: el hombre se convierte en un animal. Hechos pedazos los resortes del alma, muerto el sentimiento de humanidad, el cura busca en los seres inferiores, á los cuales se asemeja, la satisfacción de sus apetitos, depravados siempre, conformes en un todo á su nueva condición. Y esto es lo que debe darnos cuenta de esa lujuria sin ejemplo, que llega á tal grado de asquerosidad, que se hace inconcebible, para que la consideremos como necesaria, como fatal, en el clero.

No podía ser de otra manera. Las leyes de la naturaleza son universales, necesarias é invariables.

En el siglo XV, el cisma de Occidente escandaliza al mundo entero, y el papa Gregorio XII y el antipapa Benedicto XIII, conminados á renunciar á la silla pontificia por el Concilio de Pera en 1409, que había nombrado papa á Alejandro V, se niegan, y el orbe pudo contemplar el ejemplo de tres papas que se disputan el poder, que se declaran incapaces unos á otros, que se excomulgan, que se maldicen, que se odian, que luchan sin tregua, sin un momento de reposo, movidos, impulsados por el más piadoso furor.

Baltasar Cossa, que durante su juventud había sido pirata, envenena á Alejandro V, y es proclamado papa con el nombre de Juan XXIII.

Lo que se podía esperar de tal papa no tardó en verse, y durante cuatro años arrastró por el fango de la lujuria y del crimen su vice divinidad, hasta que, obligado á convocar en Constanza un Concilio en 1414 para acabar con el cisma, fué depuesto, después de haberle acusado de los delitos más inmundos.

Convicto de ejercer la simonía, dilapidado los bienes de la Iglesia, horrorizado al mundo con su vida licenciosa antes y después de ser elevado á la silla de San Pedro, el Concilio de Constanza dice que se «ha manchado incestuosamente con su cuñada, ha desflorado religiosas y cometido los crímenes odiosos que en otro tiempo hicieron descender la cólera de Dios sobre cinco ciudades.»

Ahí tenemos un magnífico ejemplar de la clase, que aún ha de ser superado por otro. Juan XXIII, sacerdote y pirata, obispo Lovelace, cardenal y usurero, incestuoso con la mujer de su hermano, adúltero, envenenador, ladrón, homicida, sacrilego, habiendo deshonrado trescientas religiosas encambradas, simoníaco, raptor, incendiario, pederasta, que todo esto y más ha sido aquella cabeza visible de Dios en la tierra, no tiene mas que un émulo, Alejandro VI, Borgia.

Juan XXIII cayó, y se sometió al nuevo papa Martín V, que le perdonó sus faltas; ¡y aquel pirata, asesino y ladrón, con crímenes suficientes para condenarle á muerte cien veces, si cien vidas tuviera, fué nombrado obispo de Frascati, y murió decano del Sacro Colegio de cardenales!

¡Pocos hombres como él habrán tenido tantos méritos para ejercer el papado!

Aparece Pablo II, y gasta todo el tesoro de la Iglesia en engalanarse como una mujer. Se hizo llamar el Bello.

Sixto IV compra el papado, y Agrippa, contemporáneo, dice:

«Entre los indignos perdidos de estos últimos tiempos sobresalió Sixto IV, quien constituyó en Roma un burdel noble y público; proporcionaba mujeres á sus amigos y á todos los que sabían agradecerle, teniendo en su propia casa una colección de prostitutas. Los cortesanos de Roma le pagaban cada semana una cantidad determinada. He oído hacer la cuenta de un beneficiado: tiene, se decía, un curato de 20 ducados, un priorazgo de 43 ramerías en el burdel, que le producen cada mes 80 jules (moneda italiana), etc., etc.»

Y como si el ser amo de un burdel, es decir, un buseón místico, galeoto mitrado, no fuera suficiente, aquel papa, á instancias del patriarca de Constantinopla, Reiro, se convirtió en protector de la sodomía, autorizando que tal vicio se practicara en los tres meses más calurosos del año, Junio, Julio y Agosto, con la cláusula de *fiat ut petitur*: hágase como se pide. Aquellos santos varones no hallaron nada mejor para refrigerarse.

Es de suponer que en la casa de lenocinio de la cual era gerente y administrador Sixto IV, nada faltaría para complacer el delicado paladar y de sus tonsurados clientes.

Y como algunos pueden creer que son exageradas estas relaciones que hago de la lujuria y la depravación clerical, véase lo que en el *Libro de las tarifas de la corte de Roma* se lee:

«La absolución y perdón de todos los actos de lubricidad cometidos por un clérigo, de cualesquiera clase que sean, bien con una monja, dentro ó fuera del cercado de su monasterio, ó con su ahijada ó cualquiera otra mujer; sea también que la dicha absolución se haga á nombre del simple clérigo ó de sus prostitutas, con dispensa de poder tomar las órdenes y conservar beneficios eclesiásticos, con la cláusula inhibitoria, cuesta 36 libras tornesas y 9 ducados ó 3 ducados. Y si, además de lo dicho, hay absolución de pederastia ó pecado contra natura (*a retro*), y se comete éste con animales, y se comprende la dispensa antedicha con la cláusula inhibitoria, se necesitan 90 tornesas, 12 ducados y 6 carlinos. Pero si hay simple absolución del pecado de pederastia, ó contra natura, ó con los animales, con dispensa y la cláusula inhibitoria, son 36 tornesas y 9 ducados.

«Una monja que haya fornicado varias veces, dentro ó fuera del recinto del monasterio, será absuelta y rehabilitada para poder llevar todas las dignidades de su orden, inclusa la abacial, mediante 36 tornesas y 9 ducados.

(Como se ve, el delito cometido por una monja equivale al cometido con un animal.)

«La absolución, para el que viva con una concubina, con dispensa de poder tomar las órdenes y tener beneficios eclesiásticos, cuesta 21 tornesas, 5 ducados y 6 carlinos.

«El adulterio de la mujer se tasa en 87 tornesas y 35 ducados.

«Si la mujer y el marido quieren disfrutar el mismo favor, no les costará mas que 131 libras, 14 ducados y 6 carlinos.» (Roussel.)

Bien se echa de ver que la Iglesia, con la rebaja, se proponía el fomento de la virtud de ambos cónyuges.

De buena gana quisiera continuar transcribiendo algunos párrafos, en que se habla de crímenes cometidos con la madre, hermanas, primas, etc.; pero tal es el asco que se siente al leerlos, tal la repugnancia que producen, que instintivamente es uno arrastrado á callarlos.

Sólo para sacerdotes pueden escribirse ciertas cosas, porque sólo ellos son capaces de llevar la lujuria á tal grado de hediondez; sólo su alma ruin y miserable es capaz de gozar en el crimen asqueroso de que hablan los párrafos que no cito.

Y después de Sixto IV ocupa la silla pontifical Inocencio VIII, á quien su antecesor había hecho cardenal por su buena figura y por el refinamiento de sus costumbres, que llegaba hasta el vicio, porque solía abrazar y besar á los hombres. Y algo más.

Este piadoso varón, cabeza visible de Dios en la tierra, había tenido dieciséis hijos antes de ser elegido pontífice. Casi un pueblo.

A Inocencio VIII sucedió el español Rodrigo Borgia, que murió en 1503.

Pero dejemos á éste para un capítulo aparte, que bien lo merece, y continuemos ocupándonos de los papas y de la lujuria clerical en el siglo XV.

El Concilio de Constanza de 1414 depuso á tres pontífices y nombró el cuarto; y á Juan XXIII, que tantos crímenes había cometido, que había recorrido la escala del vicio, sin saciarse nunca de él, le castigó quitándole la tiara, y á Juan Huss y á su

discípulo Jerónimo de Praga, los condenó á la hoguera por herejes.

Clemangis, citado en el artículo anterior, viene en ayuda nuestra, para decirnos que las costumbres de los prelados eran las mismas en todas partes, distinguiéndose en ellos su insaciable avaricia. «Su verdadero dios, el único á quien adoran, es el dinero; y prefieren mil veces la pérdida de millares de almas, á la de cincuenta ó setenta y cinco céntimos (diez ó quince sueldos). En la mayor parte de las diócesis, los obispos venden á los rectores de las mismas, mediante una suma de dinero, el derecho de tener públicamente en su casa concubinas.»

Recuérdese que, al ocuparnos de la lujuria clerical en el siglo XI, citamos el canon 5.º del Concilio de Lillebonne en 1080, que prohibía á los obispos el que permitieran, mediante dinero, tener queridas á los curas.

Desde aquel Concilio hasta la época que reseñamos han pasado cuatrocientos años. Véase de qué manera ha aprovechado á los sacerdotes la predicación de la moral y de las buenas costumbres, y sáquese como consecuencia el grado de corrupción á que habían llegado!

En cuanto al clero regular, debemos manifestar que los capellanes, canónigos, etc., eran gente ignorante, concupiscente, ambiciosa, borracha, incontinente, simoníaca, y sus casas no eran otra cosa que una mansión de concubinas y bastardos.

Los monjes y hermanos mendicantes, lúbricos como los demás, no se distinguían de ellos sino en que eran más crapulosos y ladrones.

Y si de los conventos de machos pasamos á los de hembras, oigamos al mismo Clemangis, que sabe muy bien lo que dice:

«En este siglo, los conventos de monjas no son santuarios de Dios, sino infames lupanares de Venus; son lugares destinados á acallar las pasiones bestiales de los sacerdotes; y hoy, hacer que una joven tome el velo de religiosa, es lo mismo que dedicarla á la prostitución.»

Al leer esto, casi se siente uno inclinado á preguntar si Clemangis vivió en nuestro siglo.

¿Qué se puede añadir á esto, dicho por un sacerdote, secretario de un papa y rector de la Universidad de París?

En el siglo XV, el Concilio de Presburgo en 1309, el de Colonia en 1310, el de Valladolid en 1322, y el de Lavaur en 1368, contienen cánones contra la lujuria del clero, en su forma de concubinato y en la de corrupción de religiosos.

En el siglo XV tenemos los Concilios siguientes: SALTZBURGO, en 1418, canon 18.—Priva á los clérigos concubinarios de sus beneficios, incapacitándoles para poseer.

COLONIA, en 1423, canon 1.º—Contra el concubinato de los sacerdotes.

COPENHAGUE, en 1425.—Epístola sinodal contra las costumbres corrompidas de los eclesiásticos y contra el concubinato de los mismos.

TORTOSA, en 1429, canon 3.º—Contra las costumbres depravadas de los caballeros religiosos de las órdenes militares.

BASILEA, en 1441-1443.—Reglamentos y disposiciones contra el concubinato de los clérigos.

SENS, en 1460, canon 3.º—Contra el concubinato clerical y la simonía.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Todos los años, cuando llega el 28 de Diciembre, las hermanas de la casa de Beneficiencia que costea el municipio de Játiva notifican á los huérfanos asilados que aquel día es el de los inocentes, escogen seis de los más pequeños (generalmente huérfanos de padre y madre) y los disfrazan del modo más ridículo.

Con aquellas trazas los envían á la calle, acompañados de una mujer provista de una cesta enorme, que siempre vuelve repleta de víveres á manos de las madres.

Excusado es decir que los pobres niños, tan grotescamente equipados, excitan la hilaridad del público cuando con su acompañante van postulando de puerta en puerta.

Pero ¿qué les importa á esas madres sin hijos conocidos que las pobres criaturas, cuya orfandad y desgracia debieran inspirar compasión, provoquen la risa de los transeúntes insensatos?

Para ellas lo importante es acaparar donativos, aunque haya que procurárselos á costa de las carcajadas del público y las lágrimas de los huérfanos.

Regalos.

Ofrecemos un trimestre de suscripción gratis á la primera persona que nos diga quién fué un visitador

de la Orden Tercera de una importante población de Galicia (no es Santiago), que dejó al morir un manuscrito, llevado día por día, en que había anotado sus aventuras galantes y los nombres de las interesadas.

El mismo obsequio haremos á quien nos manifieste quién fué el presbítero que asistió en su agonía al difunto, y se llevó el manuscrito contra la voluntad de una pobre mujer, tal vez incluída en aquella curiosa estadística.

Y al que averigüe qué uso se propone hacer de ese escrito el *curiano* en cuestión, se le suscribirá gratis por un año.

Me parece que las recompensas que ofrecemos bien merecen el trabajo de hacer esas investigaciones.

Cálculos para los lectores aficionados á las matemáticas.

Supongamos que un cadáver ha permanecido insepulto siete días (¡ciento sesenta y ocho horas!); calculando la cantidad de aire que ha podido inficionar en tan largo período de descomposición, y dado que el causante de este atentado de lesa humanidad haya sido el cura de Magar de Arriba, D. Carlos Martínez, resentido porque el padre del difunto no le había entregado este año la ofrenda que acostumbraba á darle los anteriores.

Averiguar cuántos años de prisión se debía chupar ese presbítero por su olvido de la caridad cristiana, sus vengativos instintos y su desprecio á las más rudimentarias nociones de higiene y sanidad públicas.

No insertamos las soluciones, porque todos nuestros abonados las darían exactas á poco que ojeasen el Código penal.

Pernoctaron en una taberna de Tarradas (Gerona) dos sujetos: uno que decía ser fraile capuchino del convento de Figueras, y otro que atestiguaba ser un musulmán convertido al catolicismo y transformado en lego del mismo convento. ¡Y no fueron *últimas* las que se agenciaron el hijo de San Francisco y el ex discípulo de Mahoma, ni tutes los que se jugaron, ni bronca la que armaron en el establecimiento!

Si es blasfemar, no digamos. Al tabernero, aunque acostumbrado á oír ese lenguaje, le hicieron ponerse más rojo que el vino que expende, y exclamar fijándose en el lego, que tenía una *curda* que no se podía lamer:

—A ese antes le daba por el Korán; pero ahora le ha dado por las coram-bres, y escandaliza más que siete cristianos viejos y de buena cepa.

El nuevo arzobispo de Santiago de Cuba prepara otra nueva expedición de curas peninsulares con destino á su diócesis. Dios le premie el alivio, si quiera sea parcial, que nos facilita á los españoles de aquende.

Ya sé que esta satisfacción nuestra les sabrá á cuerno quemado á los pobres habitantes de Cuba, que ningún delito han cometido para merecer tal plaga.

Pero la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, y si se llevara á aquellas tierras calientes todos los clérigos de por aquí, nuestra gratitud no tendría límites y el *botafumeiro* de Santiago sería chico para echarle todo el incienso que se merecería.

Si se lleva á todo nuestros presbíteros su excelencia, tanta gloria le dé Dios como paz aquí nos deja.

Varios periódicos librepensadores reproducen los violentísimos escritos que un tal padre Arriaga está publicando contra el obispo de la Habana.

Son, efectivamente, dignos de reproducirse, porque cuando un clérigo se mete á decir insolencias á un obispo, no hay seglar que le moje la oreja; pero como el tal Arriaga es también un pájaro de cuenta y toda su campaña es hija del despecho de no haber obtenido una canonjía que solicitaba, nosotros, que no queremos servir de instrumento de venganza entre gentes del oficio, nos cruzamos de brazos, dejando que allá se las entiendan el superior y el rebelde subordinado.

Después de todo no llegará la sangre al río. Aunque se dan Galeotes.

Un ministro protestante envió hace poco á un periódico de Nueva York, el siguiente anuncio:

«Recomiendo á esta joven que apenas tiene veinticinco años. Posee dos raras cualidades: es económica é inteligente. Sabe cocinar con baratura y prontitud. Toca el

piano y el armonium y lee de repente la música, por difícil que sea. Se levanta muy temprano. Aborrece los vinos y licores. Es rubia, bonita, alegre y modesta. Habla poco, escribe con ortografía y tiene muy buena letra. Le doy de salario 120 pesos al año y merece mucho más.

El que quiera poseer esta alhaja, que se dirija al rector de Ingolds Mells, Lincolnshire.»

A pesar de tan respetable recomendación, no habrá habido prójimo que quiera cargar con tal joya.

Harto sabemos, tanto yankees como españoles, á qué atenernos respecto á criadas que desechan los sacerdotes, sean de la religión que quieran.

Ha fallecido en Roma un ciudadano llamado Pietro Marcollini, mendigo de profesión, pero mendigo privilegiado, porque hasta en eso hay clases.

Tenía autorización exclusiva de pedir limosna en el pórtico de San Pedro, y aquello era para él una verdadera prebenda.

Pío IX, que se la concedió, confirmandosela después el actual pontífice, le regaló uno de sus trajes, y Marcollini se lo ponía los días de fiesta solemne.

Nunca quiso venderlo, á pesar de las crecidas sumas que por él le ofrecían.

Es verdad que el tal *pobre* no lo era tanto como parecía, pues al morir ha dejado un fortunita de cincuenta mil pesetas.

Las que nunca tuvo el santo titular de la iglesia en que postulaba ese vago.

Los bomberos de la Habana celebraron una fiesta á su patrona la virgen de los Desamparados, previamente equipada por el párroco de la iglesia de Monserrate con sus mejores ropas y joyas; las de la virgen, se entiende, pues no era cosa de equiparla con sotana y manto.

A la mitad de la función torcióse una vela, que prendió fuego al manto de la imagen, reduciéndola á carbón, así como el altar, y sólo se salvaron del incendio los pendientes y una cruz de oro.

En vista de esto se comprende que la mayoría de los curas tenga más devoción al precioso metal que á los santos, pues siempre se estima más lo imperecedero que lo que las llamas pueden reducir á cenizas.

Al terminarse una misa en la catedral de Temesvar (Hungría), y cuando ya los fieles se retiraban, sonó un tiro, é inmediatamente se vió tendido en el suelo á un joven que acababa de suicidarse con una pistola.

El templo se cerró al culto y no se abrió hasta que fué de nuevo bendecido.

Dos quiebras para los *cucarachas*. Primera, perder de gatearse unas cuantas misas durante la clausura; y segunda, el no poder decir, como siempre, que la impiedad es la causa principal de los suicidios.

Suicida más creyente que el que oye misa antes de levantarse la tapa de los sesos no existe ni puede existir.

El *sotana* de Tudela de Duero es muy aficionado á la caza, sin ser buen cazador.

Hace poco, yendo de excursión venatoria por Tobilla, disparó á un conejo, que se fué salvo y sano. Al verlo un trabajador, dijo al *páter*:

—A otro, que ese se *j...uyó*.

Al oírlo el manso servidor de Cristo, dijo apuntándole con la escopeta:

—Vamos á ver ahora quién se *j...uye*.

Y si no llega el otro á pedirle perdón, disculpándose con que no le había conocido, no sé qué hubiera pasado.

Se ofende mucho cuando le llaman mal tirador, después de haber manejado tanto las armas cuando estaba en las filas del *Chapa*.

Dos hembras, madre é hija respectivamente, entraron á oír misa en la iglesia de San Antón, de Bilbao, y aprovechando la ocasión de que también la estaba oyendo un aldeano candoroso, le apañaron piadosamente el reloj, cortándole la cadena-cordón con unas tijeras.

Efectuado el robo, echaron á correr por entre la gente y con dirección á la calle; pero fueron detenidas á la puerta del templo por un municipal que las condujo á la prevención.

Y todo por hacer una obra tan cristiana como conducente á la salvación del robado: evitarle que se preocupase con los asuntos del tiempo para sólo atender al de la eternidad.

¡Cuánta injusticia!

Varios párrocos de la provincia de Castellón han casado á algunos reclutas disponibles y de la reserva, sin la presentación de documentos; y ha ocurrido lo que era de esperar. Que solo en la zona militar de Vinaroz están sujetos á sumaria trescientos de esos individuos.

Todo el mundo lamenta la situación de esos pobres jóvenes y censura la conducta de los párrocos que autorizaron sus casamientos sin las formalidades debidas y á sabiendas de que perjudicaban á los contrayentes.

Pero ¡qué demonio! ¿A qué está un cura sino á cobrar desposorios con ó sin requisitos legales?

Y si luego procesan á los maridos, y las mujeres se quedan en clase de viudas accidentales, y se presenta ocasión... pues... Miel sobre hojuelas.

No se cómo se las arreglan esos ministros del Señor; pero hasta sus torpezas penables por la ley redundan en su provecho.

Acá para *inter nos*, parroquidermo de Valdilecha.

No porque el mayordomo de fábrica sea un buenazo de marca mayor debes entrometerte en manejar los fondos inundando la iglesia de misales, sacras, atriles y otros chirimbolos que no hacen falta, pues está bien surtida de ellos.

Mejor fuera que empleases esos cuartos en afianzar la torre que amenaza ruina, ó más bien en pagar la deuda que tienes pendiente con el ayuntamiento, que con sus fondos construyó el cementerio y te lo entregó nuevo y flamante.

Digo yo que debieras hacer eso, á no ser que te hayas impuesto por norma el refrán de *cobra y no agues, que somos mortales*.

En Castellón se hallaba un individuo enfermo de gravedad, y una parienta suya, devota hasta la médula de los huesos, fijóse en un cuadro que había en la habitación y se puso á rezar ante él, implorando por la salud del enfermo.

Quedó éste fuera de peligro, y la buena mujer echóse á propalar la noticia, poniendo por las nubes la eficacia de la estampa bendita; y cuando los vecinos acudieron á verla y venerarla, vieron con asombro que lo que la devota había tomado por imagen de un santo, lo era de D. Manuel Ruiz Zorrilla.

Aunque no canonizado por la iglesia, es santo de la devoción de El Motín, y esto basta y sobra para que haga milagros.

Se queja, y con razón, *El Pacto*, de Lérida, de los escándalos que todos los domingos arman los devotos, gritando por las calles de la ciudad á pretexto del rosario de la aurora; y añade que, para que los oigan en la corte celestial, no es preciso que aturdan al vecindario, turbando el reposo de los que, tras seis días de trabajo, descansan la madrugada del domingo.

Es verdad, como también lo es que, si quieren probar el temple de sus chillonas voces, podrían hacerlo en el campo.

Pero ¿para qué son católicos sino para mortificar al prójimo con las mayores molestias posibles?

Esto sí que se llama ser católico, monárquico y ladrón, todo en una pieza.

Entre los devotos de Dios y de las instituciones regias que acudieron á la capilla de palacio á orar por la salud del rey, hubo uno que birló á la marquesa de Santa Cruz un bolsillo con ciento ochenta y cinco pesetas.

Rogar á Dios por las necesidades de la Iglesia y la salud del soberano, y afanar un bolsillo, todo ello en breves instantes.

Me parece que no se pueden hacer tantas y tan importantes cosas en menos tiempo.

Consolando al cura de Castillo Elejabeitia, enchiquerado por haberse ido de labia desde el púlpito, le escribe un carta desde *El Vasco*:

Los que nos consideramos sentenciados y presos en la persona de usted...

No dejará de ser un alivio para el buen párroco saber que hay quien se considera preso en su persona; mas con seguridad que preferiría permutar con el felicitante, para que éste, metido en chirrona, pudiera considerarse libre en la persona del reverendo.

Se deben evitar á los amigos consideraciones tristes.

Durante la gravedad del rey un ciudadano estampó en las listas de la mayordomía de palacio esta especie de memorial abreviado:

«Un militar, próximo á cantar misa, hace votos de ofrecer por la salud del rey la primera misa que cante.

Antonio Domínguez Soper.»

Si al que madruga Dios le ayuda, el tal Antonio se chupa una prebenda como tres y dos son cinco.

¡Camará con el mozo! Ya se le conoce que ha servido, y seguramente en cazadores.

No hay mas que ver la maña que se da para cazar canonjías antes de tiempo.

Perdona, apreciable Carril, de Santiago, si te importuno con una pregunta:

¿Sabes quién era un curita que por las inmediaciones de Villagarcía corría sendas bromas, que degeneraban en *turcas*, tapándose la coronilla con un parche negro?

Si lo sabes, dímelo, y en cambio te enteraré de los *fulles* que en el casino de la misma población hacía otro cura conocido mío, gran timbista, y capaz, cuando coge la baraja, de echarle el pego al niño de la bola.

Favor por favor.

El cura de Valdepeñas de Jaén, donde merodea el presunto *santo* Luis Aceituno, ha publicado una alocución á sus feligreses, diciéndoles que se escamen de los milagros que elabora el bendito, por no estar hechos con la limpieza y exactitud que prescribe el formulario católico.

A buena hora se acuerda el padre de almas de hacer lo que debió haber hecho muchísimo tiempo antes.

La del feligrés del cuento, que llegó al *ite misa est*, y se salió diciendo tan satisfecho:

—Si me descuido, me quedo sin misa.

Aunque parezca increíble, varios liberales de Tudela de Duero son muy amigos del cura, y le acompañan en sus cacerías, elogiando después sus habilidades venatorias y su puntería excelente.

¿Podía no tenerla después de haber ejercido tanto tiempo de cabecilla por esos matas!

Que hubiera tenido entonces á mano á los mismos que le alaban, ó á sus padres ó hermanos, y verían si tiraba ó no por derecho y con certeza.

En esto debieran pensar, y no en acompañarle en sus excursiones, poniéndose en ridículo ante los que comparan sus palabras con su conducta.

Que la iglesia de Espluga Calva haya sido robada, no tiene gran cosa de particular; pero sí el modo con que lo ha sido.

Los ladrones entraron sin forzar ninguna puerta, y sin fractura ni violencia abrieron los armarios donde se guardaban las alhajas, cogieron las que mejor les parecieron, y hasta fueron tan amables que volvieron á dejar los armarios cuidadosamente cerrados.

Cualquiera diría que las llaves de esa iglesia estaban en manos de ladrones.

En Duren (Alemania) desembarcaron unos jesuitas con objeto de dar conferencias sobre ciencia popular á los dependientes de comercio.

Como tampoco por allá tiene la Compañía existencia legal, en cuanto las autoridades tuvieron conocimiento de la invasión, los expulsó.

¿Por qué, señores germanófilos de acá, por qué ya que imitais todo lo malo que por aquellos países se gasta, no imitais ese respeto á las leyes, arrojando de España la multitud de *torcedores de conciencias* que nos agobia?

Durante la Nochebuena se veían por las calles de Oviedo varios curas novatos que acababan de celebrarla de gorra ó de solideo en las casas de algunas familias conocidas.

Como aún no han tenido tiempo de formárselas propias, era lo menos que podían hacer esos curitas.

A la vuelta de algunos años no se verán precisados á comer el besugo en el seno de familias ajenas.

Harto numerosas las tendrán ellos, no sólo para comer besugo, sino bacalao, pulpos y toda pesca.

El año anterior no hubo misa del gallo en Oviedo por disposición expresa del mitrado y flamenco fray Ramón.

Donde está no hay más gallo que él, pues tiene unos espolones que ni el de la Pasión, convento de estos Madriles donde pasó lo mejorcito de su vida siendo el regocijo de las beatas del Rastro y sus contornos.

¡Bien por los mozos crúos!

¿Que en Morcin (Oviedo) hay un presbítero vejete, tan rico como avaricioso, y que, teniendo pa-

rientes inmediatos pereciendo de hambre, no se escurre á darles ni un céntimo?

Pues ya es sabido que los curas practican perfectamente la caridad bien ordenada. Primero ellos, después ellos, y siempre y todo para ellos.

PALOS Y PEDRADAS

Se quejan varios periódicos de Alicante de las malas condiciones que reúne el cementerio civil de aquella ciudad, pues, más que cementerio, parece un inmundio muladar; é igual ó parecida queja se oye todos los días en muchas poblaciones de España.

Pero ¿es que no está vigente la ley que obliga á los ayuntamientos, bajo su más estricta responsabilidad, á dar sepultura decorosa á los que mueren fuera de la comunión católica?

Como vigente, sí lo está; pero si no se cumple, es como si no lo estuviera.

A los numerosos actos civiles que se vienen celebrando en Minaya tenemos que añadir otro.

El día 1.º del actual se verificó en aquella localidad la inscripción puramente civil del niño Arturo, hijo de nuestro correligionario D. Carlos Moadéjar y de su esposa doña Práxedes Collado.

Deseamos que el recién inscripto herede la constancia y el entusiasmo por las ideas librepensadoras de que da muestras su padre.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

El Galdín de la Gobernadora, novela de Andrés Theuriet. Versión castellana.

Con muy buen acierto, la España Editorial ha traducido y publicado esta preciosa novela de Theuriet, añadiendo como apéndice en el mismo volumen varios artículos é historietas del autor, notables unos y otras.

Forma un abultado tomo de 316 páginas en 8.º, que se vende á tres pesetas en las oficinas de la España Editorial, Tutor, 21, Madrid, y en las librerías principales.

Biblioteca de la provincia de Madrid.—*Alcalá de Henares*, por D. Manuel Ayala y D. Francisco Sastre.

Forma este volumen el tercer tomo de dicha biblioteca, é iguala en mérito á los dos anteriores, pues describe las grandezas artísticas de la antigua *Cómpluto*, su historia, vicisitudes, estado actual, usos y costumbres de sus habitantes, etc.

Se vende á peseta en las principales librerías.

La colección de novelas de Paul de Kock que viene publicando el editor Sr. San Martín, se ha aumentado con la titulada *El hombre inculto*, una de las mejores de tan festivo novelista.

Véndese á peseta en la librería del editor, Puerta del Sol, 6, Madrid, y en las demás principales.

OBRAS NUEVAS

EL

COMPADRE MATEO

POR PIGAUT-LEBRUN

PRECIO: DOS PESETAS

GARROTAZO LIMPIO

POR JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

ALMANAQUE DE EL MOTÍN

para 1890

Precio: UNA peseta.

LAS RUINAS DE PALMIRA

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de *La Ley Natural*.

POR C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

CARTAS

DE

CARLOS MAURICIO DE TALLEYRAND

AL OBISPO DE CLERMONT

Y AL ABATE MAURY

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

Los suscriptores directos á EL MOTÍN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el *cuarenta por ciento* de rebaja, francas de porte. *Pago adelantado*.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.